



UN FUTURO CERCANO
¿SERÁ MEJOR?

Jesús A. Díez Canseco

UN FUTURO CERCANO
¿SERÁ MEJOR?



Primera edición: abril 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús A. Díez Canseco

ISBN: 978-84-19151-98-8

ISBN digital: 978-84-19151-99-5

Depósito legal: M-10063-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*En reconocimiento al amor de mi esposa Karen
En memoria de nuestro amado hijo Jesús Carlos*

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	17
CAPÍTULO I. Las migraciones en un futuro cercano.....	23
CAPÍTULO II. Los niños huérfanos. Renovada búsqueda de trabajo.....	35
CAPÍTULO III. Francisco Pérez se traslada a la Nación Estelar.	43
CAPÍTULO IV. Se inicia el viaje migratorio.....	51
CAPÍTULO V. Frente al muro fronterizo.....	73
CAPÍTULO VI. Otras regiones de migración.....	83
CAPÍTULO VII. Planes de hegemonía mundial.....	97
CAPÍTULO VIII. Un país sucumbe ante la expansión hegemónica.....	105
CAPÍTULO IX. Un país lucha contra la expansión hegemónica.....	113
CAPÍTULO X. Breve historia de una expansión hegemónica....	131
1. Adquisiciones territoriales.....	135
2. Anexiones territoriales.....	139
3. Expansionismo e intervencionismo.....	147
A. Expansionismo en ultramar.....	147

B. Intervenciones político-militares	149
CAPÍTULO XI. Consolidación del poder hegemónico.....	155
CAPÍTULO XII. La producción de la riqueza económica y los sindicatos de Trabajadores	167
CAPÍTULO XIII. Experiencias laborales y sindicales en la Nación Estelar.....	183
CAPÍTULO XIV. Una Huelga laboral en la industria automotriz	195
CAPÍTULO XV. Las grandes corporaciones electrónicas y tecnológicas.....	207
CAPÍTULO XVI. Las empresas se insertan en la economía de las ciudades.....	227
CAPÍTULO XVII. Las empresas tecnológicas en la Nación Solar y la Nación Lunar.....	247
CAPÍTULO XVIII. Las grandes corporaciones petroleras.....	261
CAPÍTULO XIX. Sindicatos laborales en las empresas petroleras.....	277
CAPÍTULO XX. Las grandes empresas petroleras en la Nación Solar y la Nación Lunar.....	291
CAPÍTULO XXI. Las empresas de energía atómica y sus trabajadores.....	307
CAPÍTULO XXII. La energía nuclear y los armamentos nucleares.....	327
CAPÍTULO XXIII. La carrera nuclear.....	335
CAPÍTULO XXIV. Las armas químicas y biológicas.....	343

CAPÍTULO XXV. Las armas convencionales	
de uso militar y civil.....	355
1. Armas convencionales de uso militar.....	355
2. Principales fabricantes de armas en el mundo.....	358
3. La militarización del espacio extraterrestre.....	363
4. Las armas ligeras.....	365
5. Armas convencionales de uso civil.....	367
CAPÍTULO XXVI. La producción de la riqueza económica agropecuaria y la industria de alimentos. Sus sindicatos.....	375
1. La producción agropecuaria.....	376
2. Sindicatos laborales en las empresas agropecuarias.....	381
CAPÍTULO XXVII. Las grandes empresas farmacéuticas.....	389
CAPÍTULO XXVIII. Otras industrias productivas y los pequeños negocios.....	401
1. Otras industrias productivas.....	401
2. Los pequeños negocios.....	403
CAPÍTULO XXIX. Comercialización y consumo.....	413
1. Comercialización.....	413
2. Consumo.....	419
CAPÍTULO XXX. Las grandes empresas bancarias y financieras.....	425
1. Generalidades.....	425
2. Algunas de las grandes empresas bancarias y financieras en el mundo.....	434
CAPÍTULO XXXI. La banca supranacional y las bolsas de valores.....	447

1. La banca supranacional.....	447
2. Las bolsas de valores.....	457
CAPÍTULO XXXII. Las empresas de seguros.....	461
CAPÍTULO XXXIII. Otras empresas de servicios.....	477
1. Empresas de servicios de transporte.....	477
2. Empresas de servicios de hoteles y restaurantes.....	485
3. Empresas de servicios de limpieza	491
4. Empresas de servicios de turismo.....	493
CAPÍTULO XXXIV. Las supra estructuras de la sociedad. La supra estructura política.....	499
1. Generalidades sobre las supra estructuras.....	499
2. La supra estructura política.....	501
A. Los partidos políticos y las elecciones.....	502
B. Los Poderes del Estado en la República Federal.....	507
C. Las Fuerzas Policiales y las Fuerzas Armadas.....	513
CAPÍTULO XXXV. La supra estructura de los medios de información masiva y los medios de comunicación social.....	517
1. Los medios de información masiva.....	517
2. Los medios de comunicación social.....	523
CAPÍTULO XXXVI. La supra estructura de las instituciones religiosas.....	531
CAPÍTULO XXXVII. Otras supra estructuras: Educación, cultura y estratificación social	539
1. La educación como supra estructura.....	539
2. La cultura como supra estructura.....	544
3. La estratificación social como supra estructura.....	553
EPÍLOGO.....	557

PRÓLOGO

Desde lejanos tiempos pasados venimos escuchando que, de lo que hagamos en el presente, depende lo que seremos en el futuro. Mientras que las lecciones del pasado nos enseñan a redoblar lo que nos beneficia y a desechar lo que nos perjudica, los retos del futuro nos motivan a prepararnos para lograr frutos que redunden en provecho de todos. Es obvio que nadie se prepara para ser peor, y es natural que todos aspiremos a vivir en un mundo mejor, tanto presente como futuro.

El mundo del presente es producto de nuestras obras... lo mismo que el mundo del futuro. Nadie puede decir que mañana cosechará trigo si ahora siembra mala hierba. El agricultor sabe que de la fertilidad del campo dependerá la abundancia de las cosechas, y que de su trabajo obtendrá los frutos para satisfacer sus necesidades. Es una virtud propia del ser humano el conocer las circunstancias del presente para controlar las eventualidades del mañana y así reafirmarse como protagonista de su futuro.

El futuro se nos presenta de muchas formas. Hay un futuro cercano, hay un futuro lejano, y hay una multitud de etapas intermedias comprendidas entre lo cercano y lo lejano. Específicamente hablando, futuro es lo que ocurrirá dentro de unos minutos, dentro de una hora, un día, una semana, un año o más allá. ¿Es acaso difícil conocer o predecir lo que ocurrirá dentro de un minuto o una hora? ¡Por supuesto que no! Cuanto más preparados estemos para afrontar los retos cercanos o lejanos, mejor capacitados estaremos para anticipar lo que se nos viene. Por tanto, es altamente

probable que hablar de un futuro cercano caiga dentro del ámbito de la realidad antes que de la ficción.

En este libro, como su título lo indica, hablamos de un futuro cercano. Y como el lector observará a lo largo de su lectura, no especificamos la fecha de ese tiempo futuro en el que ocurren los eventos narrados. ¿Por qué? Porque hemos considerado apropiado dejar que el lector imagine la fecha en que tales eventos podrían ocurrir. Por otro lado, cuando hablamos del futuro, bástenos decir que es cercano, sin ser necesario anotar una fecha exacta. Nos asiste la certeza de que los acontecimientos del futuro cercano (o lejano) serán promisorios si desde ahora nos preparamos para darles ese carácter.

El lector también observará que la mayoría de los hechos narrados en este libro no difieren mucho de los que vemos en el presente. Eso nos plantea la tarea de hacer todo lo que esté a nuestro alcance para mejorarlos.

El objetivo de esta obra es doble: En primer lugar, tratamos de refutar la excusa de que no tenemos control sobre nuestros actos futuros. La responsabilidad humana nos exige que, al menos, hemos de asumir control sobre el siguiente acto de bondad que decidamos hacer. La decisión la tomamos en el presente, y el acto lo realizamos en el futuro. Por tanto, tenemos control sobre ese futuro. En segundo lugar, tratamos de demostrar que todos tenemos la responsabilidad de esforzarnos por realizar un futuro colmado de entendimiento y respeto mutuos.

Al narrar los eventos que ocurren en el mundo de un futuro cercano, empezamos describiendo los padecimientos de las poblaciones migrantes y los sufrimientos de las víctimas del expansionismo geopolítico promovido, por naciones poderosas, en diversas regiones del mundo. Luego hacemos un análisis de las estructuras sociales, comenzando con la infraestructura económica y concluyendo con las supraestructuras que la justifican. A lo largo de la narrativa presentamos al trabajo humano como la acción creadora del valor económico, y a la codicia de riqueza como la causa primera de los conflictos en la sociedad.

Los temas desarrollados en este libro presentan a un mundo futuro donde los hombres vuelven, constantemente, los ojos al pasado a fin de evitar los errores cometidos, eliminar lo que es perjudicial, y dar validez a todo aquello que es necesario conservar.

JESÚS A. DIEZ CANSECO

INTRODUCCIÓN

En el mundo de un futuro cercano, los hombres no habían perdido la buena costumbre de celebrar cada año nuevo expresándose deseos mutuos de felicidad y prosperidad, aunque las abismales desigualdades económicas persistían y los Gobiernos encontraban dificultades en proteger los derechos de las mayorías. La codicia de riqueza y la ambición de poder continuaban obsesionando, en mayor o menor grado, a las personas que se empeñaban en subyugar a sus semejantes tal como ocurría desde que la sociedad se dividiera en clases sociales antagónicas. En ese mundo de un futuro cercano, los Estados se identificaban no tanto por lo que, en teoría, decían que eran, sino por las prácticas que seguían en la vida real. A los pueblos se les reconocía, más por los comportamientos que exhibían en su diario devenir, que por las ideologías que alegaban profesar.

En ese mundo de un futuro no muy lejano, las denominaciones de «capitalismo», «comunismo», «socialismo» o «colectivismo» carecían de relevancia y, las naciones se agrupaban en dos grandes sectores, a saber, las que acumulaban la riqueza para beneficio de reducidos grupos de poder, y las que producían la riqueza con el propósito de utilizarla para el beneficio de todos sin excepción. Mientras las del primer sector hacían producir a ingentes masas de trabajadores mal remunerados, las del segundo sector denotaban, en su mayor parte, un orden laboral dentro del cual todos trabajaban y todos recibían sueldos y salarios justos de acuerdo a las necesidades de cada uno.

Los avances científicos y tecnológicos facilitaban la producción de la riqueza en cantidades abundantes; sin embargo, el destino de los bienes y mercancías variaba según el tipo de organización socioeconómica de las naciones. En los países donde los medios de producción eran de propiedad de una minoritaria clase dominante, los miembros de esta se apropiaban también de la riqueza producida. Por el contrario, en aquellos países donde los medios de producción pertenecían a todos, la riqueza que se producía era para todos.

Las naciones dominadas por grupos codiciosos de riqueza económica, exhibían un aterrador poderío militar y una escandalosa diferenciación entre ricos y pobres. Contrariamente, en las naciones, donde la riqueza pertenecía a todos, la prioridad era la satisfacción de las necesidades de todos, sin incurrir en la concentración de la riqueza en pocas manos, y sin poner énfasis en el poderío militar, excepto para la propia defensa.

En ese mundo futuro del que hablamos, los conflictos entre las naciones eran tan intensos como lo habían sido a lo largo de la historia hasta ese entonces conocida. El poder destructor de las armas bélicas había alcanzado tal grado de efectividad que el uso de ellas bien podría traer como resultado el aniquilamiento de la raza humana en tan solo pocas horas de lucha. Las naciones que codiciaban la riqueza y el poder eran refrenadas por el poder bélico defensivo a disposición de las naciones que producían la riqueza con el propósito de destinarla al bien común.

¿Pero, no es acaso evidente que la búsqueda del bienestar para todos es preferible a la búsqueda del beneficio exclusivo de un individuo o un grupo? ¿No es lógico que las grandes mayorías se pongan del lado del bien común y detesten las injusticias de las minorías depredadoras? Ciertamente, las respuestas debían de ser afirmativas, pero ni el sentido común ni la lógica eran cualidades de todos en ese mundo de un futuro cercano. En el aspecto de las relaciones económicas de producción, hacía ya varios siglos que los codiciosos de riqueza, que controlaban la economía mundial,

utilizaban su poder para determinar, a su albedrío y conveniencia, las reducidas remuneraciones que pagaban a los trabajadores. Toda protesta contra las injusticias, que los propietarios cometían, era respondida por estos con represalias consistentes en despidos masivos de trabajadores, reducciones drásticas de los ya míseros sueldos y salarios, y recortes en los ya casi inexistentes beneficios laborales.

Con el poder económico en sus manos, los que actuaban movidos por la codicia de riqueza, estructuraban el sistema legislativo de manera tal que sirviese incondicionalmente a la protección de sus intereses. Todo aquel que se atreviese a oponerse a tales leyes era sancionado por el delito de atentar contra orden *constitucional* establecido. Tal orden incluía, además, el celoso mantenimiento de los contenidos educativos en todos los niveles académicos desde la escuela primaria hasta las instituciones de educación superior. La cultura y el arte eran promovidos por los sectores propietarios siempre y cuando protegiesen y propalasen, entre las gentes de toda condición, raza y edad, el adormecimiento de los valores humanos y la sumisión a la autoridad de las clases gobernantes. Los sistemas políticos estaban diseñados para mantener a los sectores populares al margen de toda participación activa en el Gobierno, y para favorecer a aquellos que demostrasen su incondicional adhesión a las élites de poder.

Entre los más efectivos instrumentos de control social sobresalían los medios de información masiva, los cuales, impulsados por los avances en las ciencias psicosociales y cibernéticas, habían dado excelentes resultados en la tarea de moldear opiniones individuales y adoctrinar a pueblos enteros, desafiando los más sólidos criterios del sentido común y la lógica. En materia de meses o, a veces de días, los que, previamente, se consideraban defensores de la dignidad humana, terminaban comportándose como enemigos de ella. Los Gobiernos, que se proponían moldear las mentes humanas, contrataban entidades particulares para perfeccionar los medios de control mental y luego aplicarlos a amigos y enemigos por igual.

En muchos casos, el llamado «lavado de cerebro» convertía al individuo en un títere de los grupos de poder. Eran situaciones en las que la víctima llegaba al extremo de agradecer por *las migajas* que caían al suelo como muestras de la magnanimidad y la bondad de los opresores.

En ese mundo de dominación de los débiles por los poderosos, coexistían, a manera de heraldos de esperanza, grupos de personas, quienes en virtud de su acendrado respeto a la dignidad humana y de su afán por alcanzar el bien común, poseían talentos altamente evolucionados que les permitían conocer con precisión las intenciones y comportamientos de otras personas y colectividades. Tales grupos eran pocos y la unidad entre sus integrantes daba testimonio de la adhesión a los ideales que profesaban. Sus miembros participaban responsable y activamente en la política poniendo los intereses de sus naciones por encima de los de su partido, y los intereses de la humanidad por encima de los de sus naciones. Estos grupos eran políticamente independientes de los Gobiernos, y económicamente autosuficientes ya que sus ingresos provenían del trabajo de sus miembros y de donaciones de los sectores populares. Su nombre genérico era el de Asociaciones de Gente de Buena Voluntad. Con frecuencia ellas se identificaban específicamente con el nombre de alguno de sus más prestigiosos asociados, presentes o pasados. Sus integrantes estaban vinculados por una profunda convicción en la primacía de los valores humanos tales como la libertad, la igualdad y la unidad. Tenían además la especial cualidad de presentarse en cualquier lugar donde se atentase contra la dignidad humana o donde el poderoso subyugase al débil.

Estas asociaciones estaban ubicadas, principalmente, en los países que habían alcanzado altos niveles de poder económico y militar. En aquel mundo no muy lejano, tres eran las naciones que ostentaban tales niveles, a saber: Estados Unidos, Rusia y China. Por la influencia que ellas ejercían sobre los destinos de la humanidad, el consenso mundial, las identificaba con los siguientes nombres: A Estados Unidos se le llamaba *Nación Estelar*, porque aspiraba a

congregar en sí misma pueblos tan numerosos como las estrellas del firmamento. A Rusia se le había dado el nombre de *Nación Solar*, por considerarse capaz de irradiar sobre el mundo una luz tan brillante como la del sol. Y a China se le llamaba *Nación Lunar* porque se proponía instituir un balance de las fuerzas que regulan el equilibrio entre las naciones.

Los pueblos del planeta tenían la esperanza de que esas tres naciones promoviesen la paz y la justicia, la igualdad y la unidad entre todos los hombres. Existía además una gran variedad de países, económica y militarmente menos poderosos que se diferenciaban entre ellos por su mayor o menor grado de dependencia con respecto a las tres grandes naciones antes mencionadas. Un sector minoritario estaba constituido por países que se mantenían fuera de toda influencia externa.

Dentro de la Nación Estelar funcionaba, desde hacía pocos años, una Asociación de Gente de Buena Voluntad bajo la dirección de un joven obrero de nombre Francisco Pérez a quien también se le conocía como el *hombre de buena voluntad* o simplemente el *voluntario*. Él destacaba por su dedicación al fomento y a la defensa de las causas justas en el mundo. La llama de la justicia ardía en su ser, el servicio a sus semejantes era su devoción, y el sacrificio por el bienestar de todos era su pan de cada día. Se había hecho presente en muchos lugares donde reinaba la opresión del hombre por el hombre y en donde era necesario dar un testimonio de lucha por la liberación, la igualdad y la justicia. En las asambleas de la asociación, siempre se ofrecía como voluntario para cumplir con su misión en cualquier lugar del mundo donde se le necesitase.

CAPÍTULO I

LAS MIGRACIONES

EN UN FUTURO CERCANO

En ese mundo de un futuro cercano, cientos de miles de inmigrantes, pobres y destituidos, emprendían sus marchas desde sus países de origen hasta las prósperas tierras de las naciones acumuladoras de los bienes económicos y de las riquezas naturales. El mundo era un mosaico de rutas migratorias que lo cruzaban en todas direcciones, especialmente en la dirección sur-norte, y siempre desde los países pobres y explotados hacia los países que se habían enriquecido mediante la usurpación de los bienes que pertenecían a toda la humanidad.

Las injusticias y abusos que sufrían los migrantes resultaban en masivas muertes e impunes crímenes contra ellos por lo que Francisco Pérez se ofreció como voluntario para hacerse presente en un pueblo centroamericano desde donde se originaban muchas de las olas migratorias que se movilizaban hacia la norteña Nación Estelar. El voluntario llegó al pueblo de Yoraguas, ubicado en un fértil valle de las serranías centrales de Honduras. Su población no excedía de 50.000 habitantes de los cuales el 60 % tenían menos de 25 años de edad. Su principal actividad económica era la agricultura consistente mayormente en el cultivo de café, caña de azúcar y bananas. Desde hacía algunos años se había iniciado el trabajo en minas de oro cuyos depósitos se presentaban promiso-

rios para la explotación industrial. Por ley del Congreso, el derecho de propiedad de las tierras recaía sobre una empresa agrominera de la Nación Estelar, registrada con el nombre de El Café de Oro, la cual empleaba mano de obra local consistente de hombres, mujeres y niños. En pleno siglo XXI los servicios de agua, desagüe y electricidad eran un privilegio del que disfrutaba tan solo el 35 % de las familias. A causa de la constante y sistemática represión militar sobre los pobladores, muchos de estos habían abandonado el pueblo. La miseria de los trabajadores contrastaba drásticamente con las ganancias que, año tras año, llenaban los abultados cofres de los propietarios de la mencionada compañía extranjera.

En Yoraguas, Francisco Pérez se asimiló a un grupo de campesinos que laboraban en los extensos cafetales y residían en un dilapidado edificio que por muchos años había servido como clínica de salud para luego ser convertido en departamentos donde se hacinaban más de 40 familias, razón por la cual al edificio le llamaban los Muros del Hacinamiento. El recién llegado alquiló una habitación y empezó a trabajar como peón para la antedicha empresa. Debido a la pobreza en la que andaban sumidos los trabajadores, las comidas eran preparadas por los padres y madres de familia en simples cocinas comunales dentro del edificio. Con frecuencia, a la hora de la comida, los residentes salían a los patios alrededor del edificio para tomar sus alimentos. Era el momento oportuno para socializar y hablar de los problemas que afrontaban en común.

En una de esas ocasiones, al terminar la comida de la noche, cuando Francisco se hallaba reunido con varios de sus compañeros, se les acercaron cinco miembros de una de las muchas pandillas locales con intención de robar lo que pudiesen. Venían armados con chavetas cuyos metálicos destellos brillaban como luciérnagas en el anochecer, hojas de acero reflejando su deseo de teñirse de rojo. Los trabajadores reconocieron a los facinerosos como miembros de la banda llamada los Calvos por la manera en que se rapaban la cabeza. Dada la voz de alarma, los agricultores se preparaban ya para defenderse utilizando las herramientas de labranza que aún

no habían guardado en el almacén, cuando vieron que por una de las calles adyacentes al edificio se aproximaban otros pandilleros del grupo de los Desalmados, llamados así porque ellos mismos se jactaban de decir que carecían de alma. Los de este último grupo gritaban que el edificio y los terrenos circundantes les pertenecían, y amenazaban de muerte a los calvos si se atrevían a permanecer en la zona. Nadie escuchó. Y, mientras los residentes se retiraban despavoridos a sus departamentos, desalmados y calvos se enfrentaron en un feroz combate a arma blanca. A los pocos minutos, un pandillero yacía muerto y otros dos gravemente heridos. Desde la calle, ambos grupos advertían a los residentes que no se atreviesen a llamar a la Policía pues ellos sabían cómo arreglar cuentas sin intervención de nadie. Al instante, los hampones levantaron al muerto y a los heridos y todos desaparecieron como si la noche se los hubiese tragado.

Dentro del edificio la reacción de los residentes parecía ser más de resignación que de alarma. Francisco y varios de sus compañeros hablaban en voz baja:

—Fíjese, compañero Francisco —comentaba Heraclio Sánchez, uno de los inquilinos—, lo que usted ha visto esta noche es un incidente común en este pueblo. Aquí no hay protección de ninguna clase. Aun si hubiésemos llamado a la Policía, nadie habría respondido ya que las pandillas cuentan con la protección de los pocos custodios del orden que en este pueblo tenemos. Todos sabemos que los míseros sueldos de los policías son suplementados, con creces, por el dinero que reciben de los criminales. Las autoridades, que se atreven a enfrentárseles, son amenazadas o de plano eliminadas sin que las Cortes de Justicia hagan nada. Y si lo hacen, es solo para desechar los cargos y poner en libertad a los infractores. El barrio en que vivimos, así como los demás donde residen los trabajadores, son controlados por los maleantes. Estos utilizan a nuestros hijos como «mulas» para el transporte de opio, cocaína, marihuana y toda clase de drogas sintéticas; hay niños que actúan como intermediarios en la cobranza del dinero y en la dis-

tribución de la «mercancía». En ocasiones los pandilleros regalan a estos niños alimentos que llevan a sus familias para ayudarlas con el sustento diario.

—Cada año, el Gobierno reduce las partidas asignadas al servicio policial —dijo otro residente— porque el presidente de la república alega, con razón pero sin justificación, que cada año aumenta la cantidad de dinero que el país paga a los acreedores internacionales por concepto de intereses sobre la deuda externa. Casi todos los servicios estatales y locales han sido reducidos o, de plano, eliminados. Desde hace varios años este edificio, donde vivimos, se habría ya derrumbado por completo si no fuese por las constantes reparaciones que le hacemos con los materiales que nuestros magros ingresos nos permiten adquirir. Siempre nos preocupa la posibilidad de que algunas secciones colapsen y nos quedemos en la calle o sepultados bajo los escombros. La plomería y las instalaciones eléctricas son, por la mayor parte, inservibles. Sin embargo, la municipalidad nos cobra puntualmente por los «servicios» de agua y luz. Son raras las ocasiones en que recibimos electricidad por todo el día pues, normalmente, se nos da racionada por no más de 14 horas por semana.

—Tenemos la fortuna —expresó una de las amas de casa— de contar en este edificio con un anciano curandero quien, sin cobrarnos nada, atiende a nuestras necesidades de salud. Él sale con frecuencia a los campos que circundan nuestro pueblo y vuelve cargado de yerbas medicinales con las que prepara las «tomas» que nos receta. Mi hijo de tres años de edad está ahora bastante recuperado del asma que le afligía. Ya respira con mayor facilidad y duerme bien en las noches. El dinero, que mi esposo y yo ganamos trabajando todo el día, no nos alcanza ni siquiera para comprar aspirinas en la farmacia. De más está decir que el costo de los servicios de hospital son prohibitivos para nosotros; más aún, las salas de emergencia se niegan a recibirnos, y si lo hacen es mediante citas por las que tenemos que esperar dos o tres semanas. En esta, nuestra querida patria, las personas y familias de escasos re-

cursos económicos, que somos la mayoría, vivimos prácticamente en la miseria más abyecta desde que nacemos. Muchos de nuestros compañeros han expresado enérgicas protestas o de plano se han levantado en armas tan solo para ser eliminados por las fuerzas del Gobierno o por los «agentes de seguridad» contratados por la empresa El Café de Oro. La nueva empresa agrícola, que el Gobierno propone para este pueblo, ha declarado que prohibirá la contratación de agricultores vinculados a personas o familiares que hayan participado en cualquier acto de rebeldía contra la forma de vida que ahora llevamos.

—Nuestra hija mayor, Ana —comentó una de las jóvenes madres del grupo—, acaba de decirnos que su escuela suspenderá las clases debido al recorte de los fondos estatales.

Antes de retirarse a sus habitaciones, los pocos contertulios que quedaban en los pasillos decidieron ir al día siguiente a la antedicha escuela para hablar con el director.

Al amanecer del día indicado, María y José Bazán, padres de Ana, salieron rumbo a la escuela acompañados de otras dos familias y Francisco. Cabizbaja caminaba María sin poder apreciar que los cielos aurorales se aclaraban con la luz del sol naciente. Sentía ella que ni la brillantez de la mañana era capaz de disipar las tinieblas que envolvían su destino. Se acongojaba ante la idea de que su pequeña hija estuviese condenada a vivir en la oscuridad de la ignorancia. ¿Qué futuro le esperaba a la niña si las puertas de la educación se le cerraban? ¿Cómo podría salir Ana del cerco de miseria y explotación en que sus ancestros habían vivido por muchas generaciones? Los trinos de las aves matinales se escuchaban cercanos como queriendo consolar a la madre doliente. Los cafetales se agitaban armoniosos al ritmo de los vientos cálidos que trataban de enjugar las lágrimas de una madre que se esforzaba por sacar fuerzas de flaqueza.

—Fíjate, mujer —le decía su esposo—, te aseguro que sabremos exigir respeto a los derechos que tiene nuestra hija a completar, al menos, su educación primaria. Tú y yo conocemos los

talentos de Ana y no toleraremos que el Gobierno trunque las justas aspiraciones de niños y jóvenes a recibir una educación que los prepare para mejorar las condiciones de sus familias, y para forjarse una vida más promisorio que la que ahora llevan.

Al llegar a la escuela, Ana fue a su salón de clase y el grupo de adultos se dirigió a la oficina del director. El local, aunque relativamente moderno, se veía poco menos dilapidado que el edificio donde vivían los recién llegados. Su planta física denotaba negligencia en su mantenimiento debido a la carencia de dinero para solventar tales gastos. Un señor de entrada edad que cumplía, temporalmente, las funciones de profesor y de secretario, les pidió que esperasen unos momentos pues el director se encontraba en una reunión con dos funcionarios gubernamentales. Luego de tres horas de espera, el director hizo entrar a su oficina a los padres de familia visitantes.

—¿En qué puedo servirles? —dijo con amabilidad don Ramírez, que así se apellidaba la autoridad escolar.

—Venimos —respondió el padre de la niña— para suplicarle que haga todo lo que esté en su poder para exigir del Gobierno la continuación de las partidas asignadas a la escuela de su digna dirección. Usted sabe que por nuestra condición económica, los agricultores de esta región, carecemos de los medios para costear los gastos de educación de nuestros hijos. Sin embargo, estamos dispuestos a contribuir con algún dinero a fin de que no se suspendan las clases. Después de todo, pensamos que nada es más promisorio para los niños que el recibir una buena educación.

—Fíjense, señores —explicó el director, dirigiéndose a todos los presentes—, el problema que tenemos en manos no solo es de naturaleza económica sino que, además, involucra asuntos de política nacional. Desde hace algún tiempo nuestra escuela ha sido catalogada por el Gobierno como un foco de subversión. Son varios los profesores que se han negado a utilizar los currículos impuestos por el Estado alegando que fomentan la sumisión, suprimen la creatividad estudiantil, carecen de vinculación con nuestra cultura

nacional y, por sobre todo, están diseñados para inculcar y proteger los valores culturales e intereses de los grupos de poder de los cuales nuestro país depende casi en absoluto. Nuestros gobernantes no permiten la presencia de profesores que se opongan al régimen político actual. Más aún, mi puesto como director está supeditado a una renovación de contrato cada año. Esta mañana, los representantes gubernamentales, con quienes acabo de reunirme, me han advertido que es muy probable que se me despidan si continúan las trasgresiones a los currículos emitidos por el Estado.

—Entendemos, señor director —intervino Francisco Pérez—, que el Gobierno ejerce un control total sobre la educación del pueblo, y que todo desacato significa una grave violación al orden educativo existente. Por eso, le agradecemos los esfuerzos que usted hace por defender los valores culturales de esta nación y por promover una educación más concorde con los intereses del pueblo marginado y trabajador.

—Por mi parte, considero —dijo la madre de Ana— que la educación solo es deseable cuando fomenta los auténticos valores de libertad y creatividad en los estudiantes. ¿Cómo podremos salir del estado de injusticia en el que nos encontramos si la educación no prepara a los niños para comportarse como seres libres y creativos? El servilismo que el Estado promueve desvirtúa la naturaleza misma de la educación. Para ser esclavo no se necesita educación sino cadenas.

—Precisamente —remarcó el director—, algunos de los profesores que se quedaron sin trabajo pensaban como usted, señora Bazán. Le aseguro que yo mismo estoy de acuerdo con lo que usted dice; pero, como autoridad escolar, no me queda otro recurso que callarme la boca o, de lo contrario, nos quedaríamos sin escuela. También estoy seguro de que el Gobierno preferirá cerrarla antes que nombrar a otro director, pues siempre habrá docentes que tengan la valentía de ponerse de lado de la libertad antes que de la subyugación. En verdad, la miseria económica y la opresión política en este país son tan alarmantes que, para el Gobierno, le

es muy difícil sofocar el espíritu de rebeldía que hierve entre los pobladores.

—Es muy cierto lo que usted dice, señor director —remarcó el voluntario Pérez—, pues las aspiraciones de libertad e igualdad jamás han podido ser erradicadas ni jamás podrán serlo. Podrán ser restringidas, pero jamás eliminadas. Este Gobierno, como muchos otros en el mundo, utilizan la educación como medio de subyugación mental, y cuando eso falla, recurren a la fuerza de las armas para imponer su autoridad tiránica.

—Recuerden, padres de familia —instó el director—, que aquí, así como en todos los centros educativos del país, hasta las paredes tienen oídos, y los aparatos electrónicos instalados en este edificio tienen la capacidad de actuar como expertos espías. Y no lo digo por mí, sino por ustedes. Personalmente, no soy ajeno a las amenazas oficiales, pero no quiero que ninguno de ustedes sufra represalias ni que sus hijos sean expulsados de la escuela. Les doy mi palabra que haré todo lo que esté a mi alcance para impedir que el Gobierno se salga con su plan de cerrar esta escuela.

—Le agradeceremos de todo corazón lo que usted, señor director, haga para asegurar la educación de los niños —replicó una de las madres presentes—. Mi ilusión es ver a mi hijo culminar su educación primaria, pues él tiene un especial talento para el estudio de las computadoras y de los aparatos electrónicos utilizados en las comunicaciones. El otro día, arregló un viejo teléfono celular que no funcionaba desde hacía varios meses.

—¡Con gran placer vería yo, señora, sus sueños realizados! —exclamó don Ramírez—. Pero el Gobierno ha suspendido las asignaturas relacionadas a la computación en razón de que, según alega, la tecnología electrónica ha sido utilizada por ciertos sectores populares para implantar distintos tipos de «virus» en el sistema de inteligencia nacional causando problemas no solo a nuestras autoridades sino, también, a las autoridades de naciones extranjeras que controlan todo el sistema informativo nacional.

—Muy cierto es lo que usted afirma —aseveró Francisco Pérez—, pues como ciudadano de la Nación Estelar, estoy enterado de la existencia de sistemas computarizados que han sido seriamente afectados por ataques cibernéticos provenientes de otros países. La ciencia de la computación se ha convertido en un arma peligrosa cuando cae en manos de los opositores. Toda la información que, a nivel mundial, mi país recopila, se encuentra almacenada en archivos electrónicos de alto secretismo. Casi nada de lo que ocurre en el mundo, ni de las personas que lo habitan, es desconocido para los servicios de inteligencia gubernamentales.

—Lo que dice nuestro amigo Francisco —intervino José Bazán— me hace apreciar con más claridad la importancia y urgencia de que nuestros hijos se preparen en una tecnología de tal trascendencia. Pero lo primero es lo primero, y por ahora hemos de abocarnos a la tarea de evitar que cierren esta escuela. Por lo demás, estoy convencido de que es nuestra responsabilidad, como padres de familia, el infundir en los niños los auténticos valores humanos que les permitan utilizar la ciencia y la tecnología para el bienestar de todos y no solo de reducidos grupos, ni menos de los explotadores.

En camino de vuelta a sus hogares, una mezcla de optimismo, pesimismo y fatalismo embargaba los ánimos de los padres de familia que se habían entrevistado con el director de la escuela. Para las mujeres, los cafetales parecían despedir el olor amargo de la frustración, para los varones, el aroma lejano de la sangre que sería necesario derramar para realizar la justicia. Todos, sin embargo, consideraban la posibilidad de abandonar el país en búsqueda de nuevos horizontes, en busca de mejores destinos..., cualquier destino.

A los pocos días, los residentes de Yoraguas recibieron noticias de que la empresa matriz de El Café de Oro, ubicada en la Nación Estelar, había dado órdenes para que su sucursal de Honduras redujese en un 25 % los salarios de los agricultores. Explicaba que

tales reducciones eran necesarias debido a los altos costos de producción, la baja del precio del café en los mercados internacionales, la reducción de las cuotas de exportación y el incremento de los aranceles. Otros sectores de la economía hondureña fueron igualmente afectados, perpetuando el acostumbrado ciclo de recesión seguido por una severa hiperinflación como resultado de la emisión inorgánica de dinero circulante. El desempleo, la carestía de alimentos y la falta de medicinas se generalizaban y postraban al pueblo en un angustioso pauperismo.

El Gobierno solicitó préstamos a las agencias internacionales de asistencia financiera, las cuales exigían como condición previa, la aplicación de severas medidas de austeridad tales como la elevación de los impuestos a los artículos de primera necesidad, la reducción de fondos estatales asignados al mantenimiento de carreteras y servicios de electricidad, agua y desagüe en las zonas urbanas. Además, demandaban que el Gobierno asumiese primero la responsabilidad de pagar los intereses devengados sobre los préstamos concedidos anteriormente por los acreedores internacionales.

El municipio de Yoraguas suspendió las partidas asignadas a los servicios de la ciudad, redujo los sueldos de los concejales y empleados, y ordenó el incremento de los impuestos locales. El 50 % de las escuelas redujeron sus horarios de clases y las que no lo hicieron funcionaron con profesores voluntarios. Los servicios de salud fueron derivados a un distrito vecino donde los médicos, enfermeros y administradores trabajaban bajo contratos con sueldos congelados y con pagos retrasados por varios meses. Las autoridades policiales recurrieron a solicitar donaciones del pueblo, aunque de todos era conocido que tales dineros provenían de organizaciones criminales y pandillas juveniles.

Francisco Pérez, las familias de Heraclio Sánchez y José Bazán, así como otros inquilinos de los Muros del Hacinamiento determinaron salir del país con dirección a la Nación Estelar, lo cual reque-

ría solicitar, primero, una visa migratoria emitida por dicha nación. Los futuros emigrantes tenían pleno conocimiento de las múltiples dificultades que confrontarían en el proceso para obtener tal visa. ¡Prácticamente, era casi imposible! Sin embargo, no dudaban que lo correcto era respetar las normas legales. Como la esperanza es lo último que se pierde, los padres de familia confiaban que ella sería generosa. Tal vez, pensaban, ellos serían de los pocos afortunados que tendrían la oportunidad de salir de su país y romper el ciclo cruel de la miseria.

En total, fueron 120 personas, incluyendo niños, los que llegaron a la embajada de la Nación Estelar. El edificio era una estructura fuertemente fortificada que ocupaba más de una hectárea de terreno, sin incluir amplios campos donde se ubicaban enormes barreras de concreto para evitar el ingreso de cualquier tipo de vehículos no autorizados. Estaba protegida, en su exterior, por docenas de militares hondureños armados hasta los dientes, y en su interior por un número indeterminado de agentes de seguridad de la Nación Estelar. Todas las vías de acceso, eran monitoreadas por cámaras de vigilancia electrónica que captaban los más mínimos movimientos de cualquier persona o vehículo que se aproximase. En la primera garita de control, los yoragüenses fueron sometidos a un riguroso registro personal a fin de verificar que no introducían armas ni ningún tipo de artículos prohibidos. Tras permanecer en los jardines interiores durante varias horas, se les ordenó que se inscribiesen como solicitantes de visa. La espera para ello era de tres días.

¡Ya habían iniciado el proceso formal! Solo les quedaba esperar. Por tres días, algunos se hospedaron con amigos y familiares de los barrios marginales que acordonaban la ciudad capital, otros se acomodaban como podían en terrenos baldíos cerca de arroyuelos contaminados. El día asignado, se dirigieron nuevamente a la embajada. Tras cumplir con las medidas de seguridad requeridas y luego de formar largas «colas», los interesados recibieron los formatos oficiales de solicitud los cuales debían llenar sin omitir nin-

gún dato. Una semana después, se les informó que el trámite del visado tomaba seis meses, y la espera para ser incluido en la cuota migratoria no era menor de los diez años.

Sin dinero, sin trabajo y sin esperanza de ninguna clase, los yoraguenses emprendieron su marcha de retirada hacia su pueblo con la única convicción que les quedaba en claro: ¡salir del país de cualquier manera!

Por su parte, el voluntario Pérez sugirió a sus compañeros comunicarse con personas de otras ciudades, provincias e, inclusive de Guatemala y El Salvador donde se hacían planes para iniciar una nueva marcha migratoria hacia el norte. No tomó mucho tiempo en confirmar que eran más de 20.000 las personas que estaban decididas a participar en esa acción. Mientras tanto, varios sectores de explotados trabajadores de los países mencionados urgían a los futuros migrantes a que recapasen y opten por asumir una medida más digna como la de organizarse en grupos de rebelión contra la opresión impuesta por las clases dominantes nacionales y extranjeras. Las voces de lucha armada cobraron adeptos; los que llegaron al número de 2.000 jóvenes, entre hombres y mujeres. Los rebeldes consideraban que toda huida es deshonorosa; mientras que los que tenían ya decidido emigrar se resignaban a huir en vez de ver a sus hijos morir bajo la miseria o bajo las balas de los soldados.

Mientras los revolucionarios pasaban a la clandestinidad, los emigrantes recibían severas advertencias por parte de sus autoridades nacionales y estas, a su vez, eran objeto de censura por parte del Gobierno estelar. «Está en juego», decían los estelares, «la soberanía nacional y el orden social en nuestro país». Los Gobiernos centroamericanos, por su parte, anticipaban que ya no recibirían más ayuda financiera del exterior. Para los oligarcas nacionales eso era un problema pues sabían que tal ayuda nunca llegaba a los necesitados sino que se quedaba en manos de las clases gobernantes y privilegiadas urbanas y rurales o, en muchos casos, era destinada a la adquisición de armas para combatir a los sectores rebeldes.